

crito, ya fuese obra suya, ó ya de algun secretario mas osado que quisiera autorizarse con su nombre, en el que se negaba en parte y se desfiguraba enteramente lo que habia ocurrido en una asamblea tan numerosa y respetable; pero con el beneplácito y aprobacion del monarca se publicaron las actas de la conferencia, y el canceller certificó su verdad del modo mas auténtico. Aquellos para quienes sean aun sospechosas unas pruebas de esta naturaleza, depondrán por lo menos su escepticismo, si consultan la relacion irónica que el buen calvinista Sully hace en sus Memorias, del modo con que Mornai defendió su causa (1).

La heregia quedó tan confundida, que uno de sus mas célebres defensores, Felipe Dufréne, presidente de la cámara mista de Castres, y elegido por los calvinistas para ser uno de sus árbitros en la conferencia, no pudo resistir á la fuerza de la verdad, y abjuró una religion que solo se sostenia con imposturas. Si el segundo árbitro de los calvinistas, Isaac Casaubon, el cual quedó igualmente convencido, no tuvo la misma fuerza, debe atribuirse esto á la ligereza é inconstancia de su carácter, que estuvo siempre fluctuando entre los dos partidos y que deseando congraciarse con ambos incurrió en el desprecio de uno y de otro. Correspondiendo su hijo con mas fidelidad á los impulsos de la gracia, abrazó algun tiempo despues la Religion católica, y entró en la austera orden de los capuchinos.

Mucho honró á Du-Perron esta victoria; y el Sumo Pontífice le escribió en los términos mas honoríficos, y de allí á pocos años le promovió al cardenalato. Todos colmaron de elogios á este sabio prelado, el cual lleno de modestia en medio de su triunfo, y ensalzando á los demas para que nadie se acordase de él, dió con este motivo un testimonio brillante á la santidad de Francisco de Sales. «Es poca

(1) Mem. de Sully, año 1600.

cosa el convencer (decia): estoy tan instruido en la verdadera fé, que no hay herege á quien no pueda confundir; pero convertirlos es obra de Francisco de Sales.» Tal es la idea que muy en breve se dió de Francisco aun en la curia romana, presentándole como una luz ardiente y brillante que era necesario colocar en el candelero.

La vida enteramente apostólica de este ilustre misionero del Chablés habia inspirado á su obispo el designio y la firme resolucion de hacer que fuese sucesor suyo, y ya habia obtenido el consentimiento del duque de Saboya. Habiendo pasado Francisco á Annecy para dar cuenta al obispo del estado de la mision, le dijo el prelado que se afligia mucho al ver que le iban faltando las fuerzas y la salud en un tiempo en que, aumentada su diócesis con una provincia entera, le era necesario trabajar mas que nunca; que no podia menos de recurrir al auxilio de algun otro, si no queria abandonar una infinidad de almas redimidas con la Sangre de Jesucristo, y que habia puesto los ojos en él para nombrarle coadjutor ó auxiliar suyo (1). La disposicion de los Santos fué siempre una misma con respecto á las dignidades eclesiásticas, independientemente de la diversidad de tiempos y costumbres. Las palabras del obispo pusieron á Francisco en el estado mas violento en que se halló en toda su vida, de suerte que estuvo algun tiempo sin poder articular palabra. Recobrado de aquel sobresalto, dió gracias al obispo con la sensibilidad que le era natural; pero protestó que jamás consentiria en que á una débil caña, como él era, se la impusiese una carga que es temible aun á los mismos ángeles. Nada pudo adelantar el obispo en aquel dia, y sin hacerle mas instancias, se contentó con suplicarle, antes de separarse de él, que lo pensase con madurez y encomendase á Dios el asunto.

Entretanto hizo que le hablasen, aunque

(1) Anon. de Aug. de Sales. l. 4. cap. 10.

en vano, todos aquellos de quienes sabia que tenian algun influjo con él. Mas inútiles fueron las diligencias que hizo para el mismo fin con el conde y la condesa de Sales, no porque un corazon tan bueno faltase al respeto y cariño que debia profesar á unos padres tan amables, sino porque esto mismo le tenia mas alerta contra las sugerencias de la carne y de la sangre. Dió muy bien á entender que la afabilidad, que se admiraba particularmente entre todas sus virtudes, no disminuía en nada su firmeza, y que era el fruto de muchas victorias que habia alcanzado sobre si mismo. Tenia un genio naturalmente fuerte, y tan inclinado á la ira que no pudo domarla sino con unos esfuerzos que le amortiguaron la bilis en tales términos que dicen se le petrificó casi enteramente la hiel. En fin, no hallando ya otro recurso el obispo de Ginebra, suplicó al soberano que enviase á Francisco el despacho de coadjutor ó auxiliar, como lo hizo al momento, con orden espresa de que le aceptase, pena de desobediencia grave. No dejó el Santo de practicar todavia algunas diligencias para que variase de parecer el prelado. Fué, pues, á buscarle, y se quejó amargamente de que, sin embargo de haberle amado y reverenciado siempre como á padre, le oprimia con el peso de su autoridad, y le representó que él solo le hacia mas mal que todos sus enemigos juntos, y que si no se compadecia del exceso de su dolor, debia temer por lo menos la terrible cuenta que tendria que dar al Juez supremo por una eleccion tan poco acertada; pero el obispo que estaba persuadido de que era aquella la obra mejor que habia hecho jamás, no le dió mas respuesta que abrazarle tiernamente y exhortarle á la confianza en Dios. No pudiendo ya dudar Francisco que resistiria al orden de la Providencia si se obstinaba mas, se sometió con una resignacion modesta, pero tan penosa, que le costó una calentura violenta y de tanto peligro que por espacio de algunos dias se temió por su vida (1600).

A este grado llegó la humilde repugnancia de un Santo con respecto á la dignidad de obispo, y obispo de Ginebra, esto es, con respecto á un título despojado de casi todas sus rentas, y que no era mas que una obligacion de emprender trabajos escosivos, de esponerse á frecuentes riesgos, y de sufrir contradicciones, insultos y vejaciones continuas. ¿Con qué ojos hubiera mirado una Silla opulenta? Bien lo manifestó despues, cuando le ofrecieron la Silla de la capital de Francia, sin poder obtener jamás el consentimiento que por lo menos habia dado, aunque con mucha repugnancia, para ocupar la pobre iglesia de Ginebra. Hecho á los dos años obispo titular, conservó toda su sencillez apostólica sin ninguna afectacion, atendiendo á la decencia y al aseo, no menos que á la modestia, así en su persona, como en su mesa y en toda su casa. Jamás tuvo ningun mueble esquisito, ni tren, ni ninguno de aquellos adornos exteriores con que muchos prelados de su tiempo imaginaban que podia suplirse en la Iglesia lo que únicamente puede conciliar el respeto á sus ministros. Sin embargo, no solo gobernó su vasta y peligrosa diócesis con una autoridad que nunca tuvo otros limites que los de su propia reserva, sino que se hizo igualmente venerable al pueblo y al clero, á la nobleza y á la corte, ó por mejor decir á todas las cortes y á todas las naciones, y en especial á la nacion francesa, que se ha gloriado siempre de mirarle como uno de sus miembros.

Luego que consintió en ser auxiliar, le envió á Roma el obispo, á fin de concluir á la mayor brevedad un asunto que tanto le interesaba. Francisco se puso en camino con mucho gusto, esperando dar á entender al Papa la incapacidad en que se juzgaba de poder desempeñar las obligaciones del episcopado. Pero el obispo habia previsto este peligro; y para evitarle hizo que le acompañase su sobrino, canónigo y vicario general de Ginebra, hombre de un mérito extraordinario, y muy á pro-

pósito para llevar por sí solo todo el peso de una diócesis, en cuyo gobierno entendía, juntamente con su tío, á satisfacción de todos: de suerte, que si él hubiera sido propuesto para obispo auxiliar, ni el Papa ni el príncipe hubieran tenido dificultad en acceder á ello. Pero no obstante que su tío conocía y estimaba su mérito, le parecía también que era mas sobresaliente el de Francisco. ¡Cuán heroica es la delicadeza que se hace tan superior á la carne y á la sangre! Aun los siglos mas florecientes de la Iglesia presentan pocos ejemplos de un desinterés como este: y á la verdad, no es fácil decidir quién es mas digno de admiración, si el tío que formó semejante designio, ó el sobrino que procuró que tuviese puntual cumplimiento, pretendiendo con vivas ansias á favor de otro en perjuicio de sus propios intereses.

Habiendo llegado Francisco á Roma se acusó de incapacidad ante el Padre Santo, y le suplicó que le eximiese de una obligación que habia contraído con no poca violencia. Clemente VIII, que tenia grandes noticias de él, y le habia dirigido muchos breves, le dijo en dos palabras, que no tenia que hablar de un asunto que debia darse por concluido; le colmó de elogios, y le trató del modo mas honorífico. Quiso examinarle por sí mismo, no porque los obispos de Saboya ni los de Francia estuviesen sujetos al exámen, sino por tener la satisfacción de ser testigo de lo que publicaban tantas personas acerca de su capacidad. Correspondió Francisco de un modo tan completo á las esperanzas del Pontífice y de todos los concurrentes, que, lleno de admiración el Padre Santo, se levantó de su silla, le abrazó con paternal cariño, y allí mismo le nombró obispo de Nicópolis, auxiliar y sucesor del de Ginebra. Antes del exámen, Francisco habia pedido á Dios con mucho fervor que le cubriese en él de confusión, si no le llamaba al episcopado; pero salió de aquella prueba con admiración de una corte, cuyo aprecio es el mas

lisonjero por ser el mas ilustrado. Así se complace el cielo, fiel á su palabra, en ensalzar al que se humilla.

Un acontecimiento singular llamó entonces la atención de la corte de Roma y de los mayores príncipes de Europa. Abas, rey de Persia, apellidado el Grande, estrechaba fuertemente á los turcos en las provincias del Eufrates, al mismo tiempo que el emperador Rodolfo II trataba de recobrar de ellos el reino de Hungría. El inglés Antonio Sirley, que se hallaba en Persia y queria volver á Europa con un carácter distinguido, persuadió al persa no solo á que enviase una embajada á los príncipes cristianos á fin de coligarse con ellos contra su enemigo comun, sino también á que le diese á él el encargo de esta negociacion, juntamente con uno de sus vasallos naturales. El emperador, que fué á quien vieron primero, los recibió con mucho agrado, aceptó todo lo que le propusieron, y colmados de regalos los envió á los demas príncipes de la cristiandad. Pasaron desde Alemania á Roma (1602), donde al principio quedaron todos deslumbrados con la esperanza de hacer una guerra ventajosa contra el enemigo del nombre cristiano; y llevado el Papa de su celo, mandó que se les diese una gran cantidad de dinero; pero no tardaron en desacreditarse á sí mismos. Tuviron desde luego entre sí unas reyertas tan fuertes, que fué necesario señalar á cada uno su habitacion separada. Despues de esto se apoderó el inglés de la mayor parte de los regalos que enviaba el rey de Persia á los príncipes cristianos, y habiendo pedido prestadas algunas cantidades considerables á sus paisanos, desapareció con ellas y se ocultó de tal manera que no fué posible encontrarle. El embajador persa se puso en camino, aparentando que iba á Francia, y tomando la ruta de España se dirigió luego hácia Oriente. El único fruto de un proyecto del cual se habian esperado tan grandes cosas, fué la conversion de tres de aquellos extranjeros que se quedaron

en Roma para que los instruyesen, y los bautizó el Papa por sí mismo.

Atendiendo Clemente VIII á los innumerables objetos de la solicitud pontificia, condenó poco despues un método relativo á la confesion, que no podia ser mas cómodo para los penitentes, ó por mejor decir, para los pecadores poco dispuestos á la penitencia. Aunque habia decidido el concilio de Trento que los que pecaron despues de haber recibido el bautismo, deben presentarse al tribunal de la penitencia para ser absueltos por la sentencia del ministro, no faltaron algunos escolásticos fértiles en sutilezas y distinciones que renovaron las ficciones antiguas de que una persona ausente puede confesarse y recibir la absolucion por medio de cartas, ó valiéndose de otro sujeto. Sin duda alguna era maravillosa la invencion para aligerar en el Sacramento de la Penitencia lo que tiene de mas pesado el yugo de Jesucristo, porque casi no es menos cómodo fiar la historia de nuestros desórdenes á un papel que en nada nos abochorna, que confesarnos, como los sacramentarios, con el Padre Eterno. Es sin duda alguna quitar á la confesion la parte mas penosa, dispensar á los pecadores de la obligacion de hacer de viva voz una relacion individual de sus iniquidades; pero es también quitarla lo que tiene de mas saludable, lo que constituye una gran parte de la penitencia por lo pasado y uno de los preservativos mas eficaces contra la reincidencia. Muy sospechoso es el arrepentimiento cuando el hombre que perdió todo pudor al pecar, no sabe vencer el rubor en el momento de confesarse. Estos fueron los motivos que obligaron al Papa á dar una declaracion con fecha de 20 de julio de 1602, por la cual condenaba la opinion de que se trata, como falsa, temeraria, errónea, y prohibia sostenerla en público ó en particular, aun como simplemente probable, pena de excomunion reservada al Sumo Pontífice. Este sábio decreto bastó para que la opinion proscripta volviese á caer en el polvo de la

escuela en que habia sido concebida y del que no ha vuelto mas á salir.

El dia 3 de abril de 1603 murió á los setenta años de edad, la enemiga mas mortal de la Iglesia romana, la famosa Isabel, reina de Inglaterra. En la larga serie de su reinado, que habia durado cuarenta y cinco años, empleados casi sin intermision en oprimir á los católicos, se habia consumado la ruina de la Iglesia británica sin ninguna esperanza de remedio, siendo esta la principal causa de que los escritores sectarios la hayan tributado tantos elogios hiperbólicos. Merece ciertamente una parte de ellos por su semejanza con Juliano apóstata, cuyas cualidades tuvo quizá asi como tuvo todos sus defectos, á escepcion de las singularidades pueriles y de las locas extravagancias de que tuvo la gloria de preservarse, aunque hubieran sido mas excusables en su sexo que en aquel héroe extravagante. Pero Isabel marchitó todo el lustre de su genio poco comun, y de otros muchos dones extraordinarios que habia recibido de la naturaleza, con su mania sanguinaria por el establecimiento del cisma y de la heregia, de que se cuidaba poco, con una crueldad bárbara que tiñó los cadalsos con sangre de testas coronadas y de sus mismos amantes, con una pasion de dominar y una política horrible que no conocía derecho de gentes, natural ni divino, cuando oponian algun obstáculo á sus intereses, con una mala fé que no tenia ejemplar hasta entonces, y sin la cual todavia tal vez ignorase la Europa el arte de adquirir por medio de la doblez la reputacion de habilidad. Fué tan impenetrable el disimulo de Isabel, que una gran parte de sus acciones son enigmas que no han podido esplicarse todavia. Esta muger, erigida con tanta frecuencia en grande hombre, tuvo sin embargo una flaqueza que era manifiesto indicio de su sexo. Parece increíble hasta qué extremo la arrebatava la hermosura, aun en aquella edad en que la coqueteria es ya una ridiculez. Algunos meses antes de mo-